



UNA COMETA SUELTA EN EL VIENTO



Me quedé sentado en medio
de la ruina de mí mismo,
con los ojos desorbitados.

Iris Murdoch



Estaba sentada en el sofá de su apartamento, con las luces apagadas. En su mano izquierda, sostenía un vaso. Sobre la mesa de café, estaba la botella de vodka. Cuando rellenó el vaso, se dio cuenta de que la bebida pronto se acabaría. No recordaba si tenía otra de repuesto en la cocina, pero esperaba quedar inconsciente mucho antes de tener que levantarse para ir a comprobarlo.

—Salud—brindó con los fantasmas que habitaban en los rincones de su consciencia y luego se bebió el trago de un solo golpe.

Sintió cómo su garganta se incendiaba y culpó al ardor del alcohol por la lágrima que rodó sobre su mejilla. No quería admitir que lloraba de pena. Que lloraba por ella. Se había jurado nunca más volver a derramar una lágrima por esa mujer. “¡Para mí, estás muerta!”, le había gritado más de diez años atrás, el día que se fue de su hogar para nunca más volver.

Ahora, esa frase arrojada en un momento de ira, se había vuelto realidad.

No sabía cómo sentirse al respecto.

El celular comenzó a vibrar, una vez más, e iluminó brevemente su rostro. No tenía que ver la pantalla para saber que se trataba del teniente André Dubré. No respondió ni esa llamada ni todas las anteriores. Tampoco respondería las próximas.

Estar enfadada con su madre y no querer saber nada de





ella era muy distinto a saberla muerta. Estar enfadada era una elección; la muerte, en cambio, era irreversible.

Durante años, luego de aquella gran pelea, había esperado una señal. No importaba lo mínima que fuera, cualquier indicio hubiera bastado... Pero no. Su madre no hizo ningún intento por acercarse; parecía estar mejor así, sola. Tampoco Anna hizo ningún intento por remediar el conflicto. Se había cansado de ser la hija no deseada de una madre apática. “¡Ojalá hubieras tenido la valentía de admitir que no querías tenerme!”, le había dicho muchas veces. Su madre ni siquiera se inmutaba. No parecía importarle nada de lo que Anna dijera o sintiera. No le importaba nada más que ella misma y el vacío al que se había aferrado con tanta pasión.

—¡Maldita seas! —gritó en la soledad de la sala.

El vaso se estrelló contra la pared. Había vidrios rotos sobre todo el suelo, pero no le importó. Sonrió en la oscuridad y tomó un trago directamente de la botella. Por un momento, se sintió mejor.



Había estado tratando de comunicarse con Anna durante todo el día, sin éxito.

Luego de que se identificara el cadáver y se realizara el papeleo correspondiente, la había llevado a la casa. “Descansa”, le había pedido. No estaba del todo convencido con la idea de dejarla sola en un momento tan delicado, pero Anna había





insistido. Ahora, luego de más de veinticuatro horas sin saber nada de ella, comenzaba a preocuparse.

ANDRÉ:

Voy a usar mi llave para entrar.

Aunque hubieran terminado su relación más de un año atrás, André aún conservaba sus llaves. Solo para emergencias. Esta ocasión, sin lugar a dudas, podía calificarse como una.

Llegó hasta su apartamento y golpeó la puerta varias veces, pero no recibió respuesta alguna.

—Anna, voy a entrar —anunció sin más.

Apenas empujó la puerta, lo recibió la oscuridad y el fuerte aroma del alcohol en el ambiente. Antes de continuar avanzando, encendió la luz.

La encontró sentada en el sofá, con una botella vacía entre las manos y los ojos parcialmente cerrados por la inconsciencia. Aún vestía la misma ropa que el día anterior, y la sangre en sus jeans comenzaba a despedir un olor nauseabundo. Ella parecía inmune al hedor. Ausente como estaba, era incapaz de percibir nada más que su pena.

Sin esperar un segundo más, André se cubrió la boca y la nariz con una mano y fue hasta la ventana. Solo cuando consiguió abrirla de par de par, volvió a respirar con normalidad.

Anna, desde su lugar en el sillón, balbuceaba sin sentido.

André dejó su abrigo sobre una silla antes de arremangarse la camisa y quitarse la corbata.





Habían estado juntos por casi cinco años y se habían amado intensamente. Él todavía la amaba con la misma intensidad, quizás más que entonces. Fue Anna quien decidió poner fin a la relación porque quería estar sola, porque no sabía cómo compartir su vida con nadie. No le habían enseñado cómo. Una madre negligente y desamorada le había hecho eso. La carencia de ese amor fundamental, que solo una madre podía dar, había dejado en Anna una marca indeleble. La había transformado en una mujer que, tras una máscara de seguridad, escondía la enorme fragilidad de quienes temen entregar el corazón. Aunque se hubiera arrojado de la azotea, esa mujer no merecía compasión alguna.

—Arriba —la tomó de un brazo, con la rudeza que lo caracterizaba, y la sostuvo cerca de su cuerpo para llevarla hasta el baño.

Una vez allí, encendió la luz y la dejó sentada sobre la tapa del retrete. Práctico como era, abrió el grifo, templó el agua y puso a llenar la bañera.

—¿Qué haces aquí? —Anna se quejó y cerró los ojos ante la repentina claridad—. Me duele la cabeza.

—Es lo que sucede cuando bebes hasta la inconsciencia. Se llama resaca.

—¿Estás molesto? —preguntó al ver su entrecejo.

—Sí, estoy molesto —la miró directo a los ojos, implacable—. No respondiste mis llamadas.

—Lo siento.

—No es cierto, no lo sientes —replicó—. Ni siquiera te importa.

—No me regañes, por favor. No estoy de humor.





—Tampoco yo —cerró el grifo y le arrojó una toalla—. Puedes tomar un baño mientras preparo el desayuno.

—Yo no te pedí que vinieras. ¡Estoy perfectamente bien sin ti!

—No me ataques, Anna. Y no me mientas —se apoyó sobre el lavabo, enfrentándola—. Solo mírate... Estás hecha un desastre.

—¿Acaso no te enteraste? Mi madre se suicidó. Estoy teniendo un día pésimo.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Porque tienes un día pésimo y quiero apoyarte, aunque no me lo hayas pedido —extendió una mano y acarició su mejilla.

Ninguno de los dos tenía ánimos de pelear, pero no eran buenos para lidiar con sus emociones. André era explosivo en demasía; Anna, en cambio, implosionaba. Y, en ambos casos, el riesgo de acabar lastimados era serio.

—Te prepararé el desayuno, ¿de acuerdo? —besó su frente antes de dejarla sola.



Salió de la bañera y se quedó de pie en medio del baño. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué hacer. La inesperada muerte de su madre la había dejado desorientada en más de un sentido. Pasó una mano sobre el empañado del espejo y observó su imagen. André tenía razón, estaba hecha un desastre. Usó los dedos para peinar su cabello húmedo y lo apartó de su rostro. Necesitaría muchas horas de descanso para combatir esas ojeras, pero el problema era que no las tenía. Tenía que





comer algo y recomponerse deprisa. Había muchos asuntos que resolver.

Luego de echar la ropa sucia a la lavadora, André se ocupó de preparar un desayuno ligero. Café y un poco de pan tostado.

–Huele bien... –dijo Anna, apareciendo desde el pasillo.

–No había mucho en tu cocina, pero al menos tienes café.

–Suenan excelentes. Necesito una buena dosis de cafeína –se sentó en uno de los taburetes de la cocina y recibió su taza de manos de André–. Gracias.

Verlo así, en una situación tan doméstica y cotidiana, le provocaba nostalgia. Él se sentía de la misma manera. Pero ninguno lo diría en voz alta.

–Necesitas ir de compras, Anna. Tu refrigerador da pena.

–No es lo único que da pena en este apartamento –bebió un sorbo de café que la regresó a la vida–. No sé qué debo hacer, Andy. ¿Cuáles son los pasos a seguir?

–¿A qué te refieres? –dijo deteniendo la taza a medio camino de su boca.

–Quisiera tener un protocolo para este tipo de situaciones... –pensó en voz alta, masajeando sus sienes–. Aunque descarto el funeral, debo decidir qué hacer con el cuerpo. Sería más sencillo si supiera lo que Lili quería, pero nunca hablamos de eso. Nunca hablamos de nada, en realidad –buscó el auxilio de André–. ¿Qué harías tú?

–Optaría por la cremación, por supuesto. Costosa, pero efectiva. No necesitas más complicaciones de las que ya tienes.

Él no dudaba, actuaba.

Anna apreciaba su punto de vista, pero, para ella, la decisión



no era tan sencilla. Bebió su café en silencio, mirando por la ventana, como si afuera estuvieran las respuestas que tanto ansiaba. Pero sabía que no era así. Sabía que se quedaría con nada más que un puñado de dudas. Pues, así había sido siempre. Lili Leclerc, su madre, solo había sido un enorme interrogante.

—No se molestó en dejar una nota... —el comentario se deslizó de su boca sin que pudiera detenerlo—. Me pregunto si en algún momento, en todos estos años de ausencia, pensó en mí.

André dejó la taza a un lado, sin poder beber un sorbo más. Tenía un enorme nudo en la garganta.

Era inusual que Anna se mostrara así de vulnerable. Conmovía la forma en que sostenía la taza entre sus manos, como si la vida se le fuera en ello, como si así pudiera sostener su propia cordura. Dos gruesas lágrimas rodaron por su mejilla izquierda y se estrellaron en la mesa, pero ella pareció no percatarse de eso. Su tristeza era desgarradora.

—Tú no le debes nada, Anna. No se merece tus lágrimas —apretó un puño bajo la mesa, preso de la ira.

—No lloro por ella —sorprendida, como si saliera de un trance, lo miró a los ojos—. Lloro por mí. Porque Lili se llevó la verdad acerca de mi origen. Yo era el secreto que nunca quiso compartir con nadie, porque se avergonzaba de mí. No quería que nadie supiera quién era mi padre... Nunca supe si lo protegía a él o si se protegía a sí misma. Solo sé que no me quería, y que por mi culpa era infeliz... pero yo no pedí nacer. No pedí esta vida. ¡Ella no tenía derecho a arrebatarme mi identidad! ¡A guardar un secreto que no la involucraba solo a ella! La muy egoísta —apretaba la taza con tanta fuerza que hasta podría quebrarla— me lo





quitó todo. Quién soy, de dónde vengo y quién es mi padre, son preguntas que jamás podré responder –su voz se quebraba–. No hay protocolo para una situación así. ¿Cómo sabré hacia dónde ir, si ni siquiera sé de dónde vengo?

André permaneció en silencio, porque no había respuestas posibles para tales interrogantes.

–Nunca me había sentido más sola en toda la vida.

–No digas eso –tomó su mano con fervor–. Estoy aquí. Y siempre estaré.

Anna asintió y le devolvió la caricia, agradecida de que estuviera allí, pero André no comprendía. Nadie comprendía. No había soledad más grande que la de sentirse a la deriva, como una cometa suelta en el viento. No había nada que la sujetara al suelo. No tenía un lugar al que llamar hogar, ni personas a las que nombrar como familia.

El sonido de las llaves deslizándose sobre la mesa logró arrancarla del oscuro lugar al que la llevaba el pensamiento.

–¿Qué es eso?

–Son las llaves del apartamento de Lili. Por eso estaba llamándote con tanta insistencia. El dueño pidió que se retiraran sus efectos personales, cuanto antes... Según el equipo que trabajó allí, no hay demasiadas cosas. Algo de ropa y baratijas menores. Puedo encargarme, si quieres.

–No –sin atisbo de duda, Anna tomó las llaves–. Lo haré. Hoy mismo. Tengo que acabar con esto de una vez.

–Puedo acompañarte.

–No. Es algo que debo hacer sola.

